

Radio, ciencia, técnica y sociedad

León Trotsky

1 de marzo de 1926

(Tomado de “Radio, ciencia, técnica y sociedad”, en León Trotsky, *Literatura y revolución*, Tomo II, Ruedo Ibérico, Colombes, 1969, páginas 77-90. Discurso pronunciado por León Trotsky en el Primer Congreso de los Amigos de la Radio, 1 de marzo de 1926)

Camaradas: regreso de las fiestas del Jubileo del Turkmenistán. Esta república hermana de Asia Central, conmemora hoy el aniversario de su fundación. Puede parecer que el tema del Turkmenistán se aleja del de la radiotecnica y de la Sociedad de Amigos de la Radio, pero, en realidad, existen relaciones muy estrechas entre ellos. Precisamente porque el Turkmenistán es un país *lejano* que debe estar *cerca* de los participantes de este congreso. Debido a la inmensidad de nuestro país federativo, que incluye al Turkmenistán (territorio de seiscientos mil verstas, mayor que Alemania, mayor que Francia, mayor que cualquier estado europeo, país cuya población se encuentra dispersa en los oasis, donde no existen carreteras), dadas esas condiciones, se hubieran podido inventar las radiocomunicaciones expresamente para el Turkmenistán, a fin de unirlo a nosotros. Somos un país atrasado; el conjunto de la Unión, aun contando los sectores más avanzados, está extraordinariamente atrasado en el plano técnico, y, sin embargo, no tenemos derecho alguno a persistir en ese atraso, ya que construimos el socialismo, y que éste presupone y exige un alto nivel técnico. Mientras trazamos carreteras a través del país, mejorándolas y construyendo puentes (y necesitamos terriblemente más puentes), estamos obligados al mismo tiempo a medirnos con los estados más avanzados en cuanto a las últimas hazañas científicas y técnicas, en cuya primera fila, entre tantas, figura la técnica de la radio. La invención de la telegrafía sin hilos y de la radiofonía puede convencer a los más escépticos y más pesimistas de nosotros sobre las posibilidades ilimitadas de la ciencia y de la técnica, demostrando que todas las hazañas de la ciencia, desde su comienzo, non son de hecho sino una breve introducción a lo que nos espera en el porvenir.

Tomemos por ejemplo los últimos veinticinco años (exactamente un cuarto de siglo) y evoquemos las conquistas que la técnica humana ha realizado ante nuestros ojos, ante los de la generación más vieja, a la que yo pertenezco. Recuerdo (y probablemente no soy el único entre todos los presentes, aunque la juventud esté aquí en mayoría), recuerdo el tiempo en que los automóviles eran aún cosas raras. Tampoco se hablaba de aviones a fines del siglo pasado. Creo que en el mundo entero no había 5.000 automóviles, mientras que ahora hay aproximadamente 20 millones, de los cuales 18 millones en Estados Unidos, 15 millones de coches de turismo y 3 millones de camiones. El automóvil se ha convertido, ante nuestros ojos, en un medio de transporte de primera importancia.

Puedo recordar aún los sonidos confusos y chillones que oí cuando escuché por primera vez un fonógrafo. Yo estaba entonces en la primera clase de mis estudios secundarios. Un hombre emprendedor, que recorría las ciudades de Rusia meridional con un fonógrafo, llegó a Odesa a mostrar su funcionamiento. Y ahora, el gramófono, nieto del fonógrafo, es uno de los rasgos más extendidos de la vida doméstica.

¿Y el avión? En 1902, hace 23 años, el escritor inglés Wells (muchos de ustedes conocen sus novelas de ciencia ficción), publicaba un libro en el que escribía más o menos textualmente que, en su opinión (y se tomaba a sí mismo por una imaginación audaz y

aventurera en materia de técnica), hacia mediados del actual siglo XX, no sólo se habría inventado, sino hasta cierto punto perfeccionado, una máquina volante más pesada que el aire, capaz de ser utilizada militarmente. Este libro fue escrito en 1902. Sabemos que el avión desempeñó un papel en la guerra imperialista, ¡y aún nos quedan 25 años para llegar a la mitad de este siglo!

¿Y el cine? Esto tampoco es un pequeño asunto. No hace mucho que no existía, y muchos de ustedes recuerdan aún esa época. Ahora, sin embargo, sería imposible imaginar nuestra vida cultural sin el cine.

Todas esas innovaciones han entrado en nuestra existencia en el último cuarto de siglo, durante el cual los hombres han realizado además algunas bagatelas, como las guerras imperialistas, en las que ciudades y países enteros han sido devastados, y millones de personas exterminadas. En el espacio de un cuarto de siglo, más de una revolución ha sido llevada a cabo, aunque en menor escala que la nuestra, en toda una serie de países. En veinticinco años, la vida ha sido invadida por el automóvil, el avión, el gramófono, el cine, la telegrafía sin hilos y la radiofonía. Si ustedes recuerdan solamente el hecho de que, según los cálculos hipotéticos de los sabios, el hombre ha necesitado más de 250.000 años para pasar del simple género de vida de cazador a la etapa del pastoreo, este pequeño fragmento de tiempo (esos 25 años) aparece como una minucia. ¿Qué enseñanza debemos sacar de este periodo? Que la técnica ha entrado en una nueva fase, que su ritmo de desarrollo se acrecienta cada día más.

Los sabios liberales (que ya no existen) han descrito comúnmente el conjunto de la historia de la humanidad como una sucesión lineal y continua de progreso. Era falso. La marcha del progreso no es rectilínea, es una curva quebrada, zigzagueante. A veces la cultura progresa, otras, declina. Hubo la cultura del Asia antigua, hubo la cultura de la Antigüedad, de Grecia y Roma, luego la cultura europea comenzó a desarrollarse, y ahora la cultura norteamericana nace en los rascacielos. ¿Qué se ha conservado de las culturas del pasado? ¿Qué se ha acumulado como producto del progreso histórico? Procedimientos técnicos, métodos de investigación. El pensamiento científico y técnico avanza, no sin interrupciones y desmayos. Aun si meditáis en los días lejanos en que el sol dejará de brillar y en que toda vida se apagará sobre la superficie de la tierra, nos queda sin embargo tiempo por delante. Pienso que, en los siglos inmediatamente venideros, el pensamiento científico y técnico, en manos de una sociedad organizada de modo socialista, progresará sin zigzags, rupturas o desmayos. Este pensamiento ha madurado con tal amplitud, haciéndose suficientemente independiente y tan firmemente asentado en sus bases, que irá hacia adelante por una vía planificada y segura, paralela al crecimiento de las fuerzas productivas, a las que está ligado en la forma más estrecha.

Un triunfo del materialismo dialéctico

Es tarea de la ciencia y de la técnica someter la materia al hombre, al igual que el espacio y el tiempo, que son inseparables de la materia. A decir verdad, existen ciertos escritos idealistas (no religiosos, sino filosóficos) en los que podéis leer que el tiempo y el espacio son categorías salidas de nuestras mentes, que son un resultado de las exigencias de nuestro pensamiento, pero que nada les corresponde en la realidad. Sin embargo, es difícil aceptar esas concepciones. Si en vez de llegar a tiempo para tomar el tren de las nueve, algún filósofo idealista se atrasara dos minutos, no vería más que la cola del tren y se convencería, por sus propios ojos, de que el tiempo y el espacio son inseparables de la realidad material. Nuestra tarea es estrechar ese espacio, vencerlo, economizar el tiempo, prolongar la vida humana, registrar el tiempo pasado, elevar la vida a un nivel más alto y enriquecerla. Esta es la razón de nuestra lucha con el espacio y el tiempo, en la base de la cual se encuentra la lucha por someter la materia al hombre,

materia que constituye el fundamento, no sólo de toda cosa realmente existente, sino igualmente de todo pensamiento.

La lucha que realizamos por nuestros trabajos científicos es en sí misma un sistema muy complejo de reflejos, es decir, de fenómenos de orden fisiológico que se han desarrollado sobre una base anatómica, la que a su vez sale del mundo inorgánico de la química y de la física. Cada ciencia es una acumulación de conocimientos basados en una experiencia relativa de la materia y de sus propiedades, sobre una comprensión generalizada de los medios para someter esa materia a los intereses y a las necesidades del hombre.

Sin embargo, mientras más nos enseña la ciencia sobre la materia, mientras más nos descubre propiedades “inesperadas”, más el pensamiento filosófico decadente de la burguesía trata celosamente de utilizar esas nuevas propiedades o manifestaciones de la materia para demostrar que la materia no es la materia. Paralelamente al progreso de las ciencias de la naturaleza en el terreno de la materia, se realiza una lucha filosófica contra el materialismo. Algunos filósofos y hasta algunos sabios han tratado de utilizar el fenómeno de la radiactividad en la lucha contra el materialismo: nos habíamos acostumbrado a los átomos, elementos básicos de la materia y del pensamiento materialista, pero ahora ese átomo se nos hace pedazos entre las manos, dividido en electrones y, en los primeros tiempos de la popularización de la teoría electrónica, se ha producido inclusive una controversia en nuestro propio partido en torno a la cuestión: ¿Los electrones testimonian a favor o en contra del materialismo? El que se interese en esas cuestiones podrá leer con gran provecho la obra de Vladimir Ilich: *Materialismo y empiriocriticismo*. De hecho, ni el “misterioso” fenómeno de la radiactividad, ni el no menos “misterioso” fenómeno de la propagación sin hilos de las ondas electromagnéticas, hacen la menor mella al materialismo.

El fenómeno de la *radiactividad*, que ha conducido a la necesidad de concebir el átomo como un sistema complejo de partículas aun totalmente “impensables”, no puede servir de argumento contra un espécimen desesperado de materialismo vulgar que no reconoce como materia sino lo que puede palpar con sus manos desnudas. Pero eso es sensualismo y no materialismo. La una y el otro, la molécula, última partícula química, y el átomo, última partícula física, son inaccesibles a nuestra vista y a nuestro tacto. Pero nuestros órganos de los sentidos, que son nuestros instrumentos de conocimiento, no son, ni mucho menos, los últimos recursos de nuestro conocimiento. El ojo humano y el oído humano son aparatos muy primitivos, inadaptados a la percepción de los elementos básicos de los fenómenos físicos y químicos. Mientras que, en nuestra concepción de la realidad, nos dejemos guiar exclusivamente por los descubrimientos cotidianos de nuestros órganos sensoriales, nos será difícil imaginar que el átomo sea un sistema complejo, que tenga un núcleo, que alrededor de ese núcleo se desplacen los electrones, y que de ello resulte el fenómeno de la radiactividad. Por lo general, nuestra imaginación se acostumbra a las nuevas conquistas del conocimiento. Cuando, en el siglo XVI, Copérnico descubrió que no era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra, sino la Tierra alrededor del Sol, esto pareció algo fantástico y, desde entonces, la imaginación conservadora encuentra dificultades en aceptar aún ese hecho. Es lo que observamos en los analfabetos y en cada nueva generación de escolares. Sin embargo, los que tenemos cierta educación, a pesar de que también nos parece que el Sol gira alrededor de la Tierra, no por ello dudamos de que, en realidad, las cosas sucedan de otro modo, ya que ello es confirmado por la observación de conjunto de los fenómenos astronómicos. El cerebro humano es un producto del desarrollo de la materia y es al mismo tiempo un instrumento de conocimiento de esa materia; poco a poco se adapta a su función, trata de superar sus propias limitaciones, crea métodos científicos siempre nuevos, imagina instrumentos

cada vez más complejos y precisos, controla incesantemente su obra, penetra paso a paso en las profundidades anteriormente desconocidas, cambia nuestra concepción de la materia sin separarse nunca de ella, base de todo lo que existe.

La radiactividad, que acabamos de mencionar, no constituye en ningún caso una amenaza para el materialismo, y es al mismo tiempo un magnífico triunfo de la dialéctica. Hasta estos últimos tiempos, los sabios suponían que había en el mundo 90 elementos que escapaban a todo análisis y que no podían transformarse el uno en el otro (por decirlo así), un universo que fuera una tapicería tejida con 90 hilos de colores y calidades distintos. Semejante noción contradecía a la dialéctica materialista, que habla de la unidad de la materia y, lo que es aún más importante, de la transmutabilidad de los elementos de la materia. Nuestro gran químico Mendeléiev¹, al fin de su vida, se negaba a reconciliarse con la idea de que un elemento pudiera ser transmutado en otro; creía firmemente en la estabilidad de esas “individualidades”, aunque ya conociera el fenómeno de la radiactividad. En nuestros días, ningún sabio cree en la inmutabilidad de los elementos. Utilizando ese fenómeno de la radiactividad, los químicos han logrado realizar la “ejecución” directa de 8 o 9 elementos y, al mismo tiempo, la ejecución de los últimos restos de la metafísica en el materialismo, ya que ahora la transmutabilidad de un elemento químico en otro ha sido probada experimentalmente. El fenómeno de la radiactividad ha conducido de ese modo a un triunfo supremo del pensamiento dialéctico.

Los fenómenos de la técnica radiofónica se basan en la transmisión sin hilos de las ondas electromagnéticas. *Sin hilos* no quiere decir en modo alguno transmisión no *material*. La luz no es irradiada solamente por las lámparas, sino también por el Sol, del que nos llega sin ayuda de hilos. Estamos completamente acostumbrados a la transmisión sin hilos de la luz a través de distancias respetables. Y, sin embargo, nos sorprendemos muchísimo cuando comenzamos a transmitir el sonido a una distancia mucho más corta gracias a esas mismas ondas electromagnéticas, que constituyen el substrato de la luz. Todo esto es manifestación de la materia, proceso material, ondas y torbellinos, en el espacio y el tiempo. Los nuevos descubrimientos y sus aplicaciones técnicas no hacen sino mostrarnos que la materia es mucho más heterogénea y más rica en posibilidades de lo que habíamos pensado hasta ahora. Pero, como antes, nada se crea de la nada.

Los más notables de nuestros sabios dicen que la ciencia, y particularmente la física, ha llegado en estos últimos tiempos a un punto crucial. No hace mucho tiempo decían que no estábamos sino en las cercanías “fenomenológicas” de la materia, es decir, bajo el ángulo de la observación de sus manifestaciones, pero ahora comenzamos a penetrar más profundamente que nunca en el interior mismo de la materia, para aprender su estructura, y pronto podremos controlarla “desde el interior”. Naturalmente, un buen físico sería capaz de hablar de esas cosas mejor que yo. Los fenómenos de radiactividad nos llevan al problema de la liberación de la energía intraatómica. El átomo encierra en sí una poderosa energía escondida, y la tarea más grandiosa de la física consiste en liberar esta energía, haciendo saltar el tapón, de manera que la energía escondida pueda brotar como de una fuente. Entonces se abrirá la posibilidad de reemplazar el carbón y el petróleo por la energía atómica, convertida de ese modo en fuerza motriz básica. No es en modo alguno una tarea sin esperanza. ¡Y qué perspectivas se nos abren! Ese solo hecho nos da derecho a declarar que el pensamiento científico y técnico se acerca a un gran momento crucial, que la época revolucionaria en el desarrollo de la sociedad humana será acompañada por una época revolucionaria en la esfera del conocimiento de la materia y de su dominio. Posibilidades técnicas ilimitadas se abrirán ante la humanidad liberada.

¹ *El materialismo dialéctico y la ciencia. La continuidad de la herencia cultural*, en esta misma serie de nuestras EIS.

Radio. Militarismo. Supersticiones

Sin embargo, tal vez sea el momento de tratar más detalladamente las cuestiones políticas y prácticas. ¿Cuál es la relación entre la radiotecnica y el sistema social? ¿Es aquella socialista o capitalista? Planteo esta cuestión porque, hace pocos días, el célebre italiano Marconi dijo en Berlín que la transmisión a distancia de imágenes por ondas hertzianas es un prodigioso regalo al pacifismo, anunciando el rápido fin de la era militarista. ¿Por qué habría de ser así? Los fines de época han sido proclamados tantas veces que los pacifistas han acabado de mezclar los comienzos con los fines. ¡Se supone que el hecho de ver a gran distancia pondrá fin a las guerras! Desde luego, la invención de medios de transmitir una imagen animada a gran distancia es una tarea muy atractiva, pues era ofensivo para el nervio óptico que el nervio auditivo (gracias a la radio) ocupara una posición privilegiada a este respecto. Pero suponer que de esto deba resultar el fin de las guerras, es simplemente absurdo y muestra solamente que, en el caso de grandes hombres como Marconi, al igual que en el de la mayoría de las gentes especializadas (y hasta se puede decir que en la mayoría de las personas en general) el modo de pensamiento científico aporta una ayuda al espíritu, para hablar crudamente, no en todos los campos, sino sólo en pequeños sectores. De la misma manera que se disponen compartimientos estancos en el casco de un navío, para evitar que se hunda de un solo golpe en caso de accidente, existen incontables compartimientos estancos en el cerebro humano: en un campo o hasta en doce, podéis encontrar el espíritu científico más revolucionario, pero tras un compartimiento yace el espíritu más estrecho de los filisteos. La gran fuerza del marxismo, como pensamiento generalizador de la experiencia humana, está en ayudar a derribar esos compartimientos interiores del espíritu gracias a la integralidad de su análisis del mundo. Para volver a nuestro tema, ¿por qué el hecho de ver al enemigo liquidará la guerra? En los tiempos antiguos, cuando había guerra, los adversarios se veían cara a cara. Así ocurría en tiempo de Napoleón. Solamente la creación de armas de largo alcance obligó gradualmente a los adversarios a alejarse, llevándolos a tirar sobre blancos fuera del alcance de la vista. Y si lo invisible se hace visible, esto significa solamente que, también en este campo, la triada hegeliana ha triunfado, después de la tesis y la antítesis viene la “síntesis” de la exterminación mutua.

Recuerdo la época en que se escribía que el desarrollo de la aviación pondría fin a la guerra, porque el conjunto de la población sería precipitado en las operaciones militares, porque conduciría a la ruina de la economía y de la vida cultural de países enteros, etc. De hecho, la invención de una máquina volante más pesada que el aire abrió un nuevo y más cruel capítulo de la historia del militarismo. No cabe duda alguna de que actualmente también estamos abocados a comenzar un capítulo aún más sangriento y aún más espantoso. La técnica y la ciencia tienen su propia lógica, la lógica del conocimiento de la naturaleza y de su sometimiento a los intereses del hombre. Pero la técnica y la ciencia no se desarrollan en el vacío, sino en una sociedad humana dividida en clases. La clase dirigente, la clase poseedora, domina la técnica y, a través de ella, domina la naturaleza. La técnica en sí no puede llamarse militarista o pacifista. En una sociedad en la que la clase dirigente es militarista, la técnica está al servicio del militarismo.

Es indiscutible que la técnica y la ciencia minan poco a poco la superstición. Sin embargo, también en esto el carácter de clase de la sociedad impone reservas sustanciales. Tomad por ejemplo Estados Unidos: los sermones se retransmiten por radio, lo que significa que la radio sirve de medio de difusión de los prejuicios. Tales cosas no suceden aquí; creo que la Sociedad de Amigos de la Radio vigila, o por lo menos así lo espero (*risas y aplausos*). En un sistema socialista, el conjunto de la técnica y de la ciencia será dirigido indudablemente contra los prejuicios religiosos, contra la superstición que revela la debilidad del hombre frente al hombre o la naturaleza. Os pregunto: ¿Qué podrá pesar

una “voz del paraíso” cuando sea radiodifundida en todo el país una voz del Museo Politécnico? (*Risas*)².

No debemos quedarnos a la zaga

La victoria sobre la pobreza y la superstición nos está garantizada si progresamos en el plano técnico. No debemos quedarnos a la zaga de los otros países. El primer slogan que cada radioaficionado debe tener en la mente es: ¡No te quedes a la zaga! Pues estamos extraordinariamente atrasados en relación con los países capitalistas avanzados; ese atraso es nuestra principal herencia del pasado. ¿Qué hacer? Camaradas, si la situación fuera tal que los países capitalistas continuaran progresando y desarrollándose regularmente como antes de la guerra, entonces tendríamos que preguntarnos con angustia: ¿Seremos capaces de alcanzarlos? Y si no podemos alcanzarlos, ¿no seremos aplastados? A esto respondemos: no debemos olvidar que el pensamiento científico y la técnica, en la sociedad burguesa, han alcanzado su más alto grado de desarrollo en el momento mismo en que, económicamente, esa sociedad burguesa se adentra cada vez más en el callejón sin salida y comienza su decadencia. La economía europea no está en expansión. Durante los quince últimos años, Europa se ha empobrecido y no enriquecido. Pero sus invenciones y descubrimientos han sido colosales. Al mismo tiempo que asolaba a Europa y devastaba inmensas extensiones del continente, la guerra daba un prodigioso impulso al pensamiento científico y técnico que se ahogaba en las garras del capitalismo decadente. Sin embargo, si consideramos las acumulaciones materiales de la técnica, es decir, no la técnica que existe en la cabeza de los hombres, sino la que se incorpora en las máquinas, manufacturas, fábricas, ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, etc., entonces es evidente que estamos terriblemente atrasados. Sería más correcto decir, que ese atraso sería terrible si no poseyéramos la inmensa ventaja de la organización soviética de la sociedad, que permite un desarrollo planificado de la ciencia y de la técnica, mientras que Europa se ahoga en sus propias contradicciones.

Nuestro atraso actual en todas las ramas no debe, sin embargo, ser disimulado, sino, por el contrario, evaluado con severa objetividad, sin espantarse, pero sin ilusionarse un solo instante. ¿Cómo puede transformarse un país en un solo todo económico y cultural? Por los medios de comunicación: los ferrocarriles, los barcos, los servicios postales, el telégrafo, el teléfono, la radiotelegrafía y la radiofonía. ¿Cómo andamos en ese plano? Terriblemente atrasados. En Estados Unidos, la red ferroviaria comprende 405.000 km, en Inglaterra, más o menos 40.000, en Alemania 54.000; pero en nuestro país, sólo 69.000 km, ¡y esto con nuestras enormes distancias! Es aún mucho más instructivo comparar las cargas transportadas en esos países y aquí, midiéndolas en tonelada-kilómetro, es decir, una tonelada transportada durante un kilómetro. Los Estados Unidos han transportado el año pasado 600 millones de toneladas-km; nosotros transportamos 48,5; Inglaterra 30; Alemania 69; es decir, que los Estados Unidos han transportado diez veces más que Alemania, veinte veces más que Inglaterra y dos o tres veces más que toda Europa, incluyéndonos nosotros.

Veamos el servicio postal, uno de los medios básicos en la difusión de la cultura. Según las informaciones ofrecidas por el Comisariado de Correos y Telégrafos, basadas en las cifras más recientes, el gasto en la red postal de los Estados Unidos ascendió el año pasado a 1.250 millones de rublos, lo que corresponde a 9 rublos 40 copecs por cabeza de habitante. En nuestro país, el gasto en el mismo sector alcanza 75 millones, es decir, 33 copecs *per capita*. La diferencia es de 940 a 33 copecs en detrimento nuestro.

² Este discurso fue pronunciado y radiodifundido en el Museo Politécnico.

Las cifras relativas al telégrafo y al teléfono no son menos asombrosas. La longitud de las líneas telegráficas en Estados Unidos es de 3 millones de kilómetros, en Inglaterra de medio millón, y aquí de 616.000 km. Pero la longitud de las líneas telegráficas es relativamente pequeña en Estados Unidos, porque tienen muchas líneas telefónicas (60 millones de km), mientras que en Gran Bretaña no hay más que 6, y aquí sólo 311.000 kilómetros. No riamos, ni lloremos sobre nosotros mismos, camaradas, pero metámonos sólidamente esas cifras en la cabeza: ¡Debemos medir y comparar a fin de poder alcanzar y superar a toda costa! (*Aplausos*). El número de teléfonos (otro buen índice del nivel de cultura) es en Estados Unidos, de 14 millones, en Inglaterra de un millón, y aquí de 190.000. Por cada 100 personas hay en Estados Unidos trece teléfonos, en Inglaterra un poco más de dos, en nuestro país un décimo, o, en otros términos, en Estados Unidos el número de teléfonos, en relación con la cantidad de habitantes, es 130 veces mayor que aquí.

En lo que respecta a la radio, no sé cuánto gastamos en ella cada día (pienso que la Sociedad de Amigos de la Radio podría encargarse de esa tarea), pero en los Estados Unidos se gasta un millón de dólares, es decir, 2 millones de rublos al día en la radio, lo que hace alrededor de 700 millones al año.

Esas cifras nos revelan duramente nuestro atraso. Pero nos revelan igualmente la importancia que puede y que debe alcanzar la radio, como medio de comunicación más barato, en nuestro inmenso país rural. No podemos hablar seriamente de socialismo sin concebir la transformación del país en un solo conjunto, ligado por medios de comunicación de todo tipo. Para poder introducir el socialismo debemos ante todo ser capaces de hablar a las regiones más alejadas del país, como el Turkmenistán. Pues el Turkmenistán, con el que comencé mis reflexiones hoy, produce algodón, y de los trabajos del Turkmenistán depende el trabajo de las fábricas textiles de las regiones de Moscú y de Ivanovo-Voznesensk. Para comunicarse directa e inmediatamente con todos los puntos del país, uno de los medios más importantes es la radio, lo que significa, naturalmente, que la radio no debe ser un juguete reservado a la capa superior de ciudadanos que tienen una situación más privilegiada en relación con los otros, sino que debe convertirse en un instrumento de comunicación económico y cultural entre la ciudad y el campo.

La ciudad y el campo

No debemos olvidar que, en la URSS, existen monstruosas contradicciones entre la ciudad y el campo, materiales y culturales, que hemos heredado en bloque del capitalismo. En el difícil periodo que hemos atravesado, cuando la ciudad se refugiaba en el campo, y el campo daba una libra de pan a cambio de un sobretodo, de algunos clavos o de una guitarra, la ciudad parecía en realidad digna de lástima en comparación con el campo confortable. Pero en la medida en que los fundamentos elementales de nuestra economía, en particular de nuestra industria, han sido restaurados, las enormes ventajas técnicas y culturales de la ciudad sobre el campo aparecieron por sí mismas. Nos hemos esforzado mucho por atemperar y hasta por eliminar las contradicciones entre ciudad y campo en el dominio político y jurídico. Pero en el plano técnico, no hemos dado hasta ahora ningún paso importante hacia delante. Y no podemos construir el socialismo con campos en esas condiciones de pobreza técnica y con un campesinado desprovisto de cultura. Un socialismo desarrollado significa ante todo una nivelación técnica y cultural de la ciudad y el campo, es decir, la disolución de la ciudad y del campo en un conjunto de condiciones económicas y culturales homogéneas. Es por lo que el simple acercamiento de la ciudad y del campo es para nosotros una cuestión de vida o muerte.

Mientras creaba la industria y las instituciones ciudadanas, el capitalismo dejaba el campo estancado, y no podía ser de otro modo: podía siempre sacar las materias y los productos alimenticios necesarios no solamente de sus propios campos, sino también de los países atrasados de ultramar y de las colonias, donde la mano de obra campesina es barata. Las perturbaciones de la guerra y de la postguerra, el bloqueo y su amenaza siempre suspendida, y finalmente la inestabilidad de la sociedad burguesa, obligaron a la burguesía a interesarse de más cerca en el campesinado. Recientemente, hemos oído más de una vez a los políticos burgueses y socialdemócratas hablar de las relaciones con el campesinado. En su discusión con el camarada Rakovsky, Briand describió con énfasis las necesidades de los pequeños propietarios y, en particular, de los campesinos franceses.³ En un discurso reciente, Otto Bauer, el menchevique de izquierda austriaco, subrayó la excepcional importancia de la “conexión” con el campo. Como corolario de todo, nuestro viejo conocido Lloyd George (a quien, es verdad, comenzábamos a olvidar un poco) organizó en Inglaterra, cuando aún estaba en circulación, una liga campesina especial para la “conexión con el campesinado”. No sé qué forma tomará la “conexión” en las condiciones de Inglaterra, pero, en boca de Lloyd George, la palabra cobra una resonancia bastante cínica. En todo caso, yo no recomendaría su elección como administrador de cualquier distrito rural, ni como miembro honorario de la Sociedad de Amigos de la Radio, pues no dejaría de cometer alguna estafa u otra malversación (*aplausos*). Mientras que en Europa el nuevo interés por la cuestión de la integración del campo es, por una parte, una maniobra política parlamentaria y, por otra parte, un síntoma revelado del quebranto del régimen burgués, para nosotros, el problema de los lazos económicos y culturales con el campo es una cuestión de vida o muerte en el pleno sentido de la palabra. La base técnica de esta ligazón debe ser la electrificación, y esto se relaciona inmediatamente con el problema de la introducción de la radio en gran escala. A fin de *emprender* la realización de las tareas más simples y más urgentes, es necesario que todas las partes de la Unión Soviética sean capaces de hablar a cada una de las otra que el campo pueda escuchar a la ciudad como a un hermano mayor más culto y mejor equipado. Sin la realización de esta tarea, la difusión de la radio seguiría siendo un juguete par los círculos privilegiados de ciudadanos.

Vuestro informe estipula que, en nuestro país, las tres cuartas partes de la población rural ignoran lo que es la radio, y que el cuarto restante sólo la conoce por las demostraciones especiales de los festivales. Nuestro programa debe prever que cada aldea, no solamente sepa lo que es la radio, sino que hasta tenga su propia estación de recepción.

¿Adónde vamos?

El diagrama anexo a vuestro informe muestra la repartición de los miembros de vuestra sociedad por clases sociales. Los obreros constituyen el 20% (es el pequeño personaje con un martillo); los campesinos 13% (el personaje aún más pequeño con una hoz); los empleados el 49% (el respetable personaje que lleva una cartera); y luego vienen los 18% “restantes” (no se determina quiénes son exactamente, pero se les representa por el dibujo de un gentleman con hongo, bastón y un pañuelo de bolsillo blanco, un *nepman* evidentemente). No sugiero que las gentes de pañuelo fin sean expulsados de la Sociedad de Amigos de la Radio, pero deben estar rodeados y encuadrados más fuertemente, de manera que la radio pueda hacerse menos cara para las gentes que llevan martillo y hoz (*aplausos*). Pienso aún menos que se deba reducir mecánicamente el número de miembros

³ Trotsky hace alusión a las negociaciones franco-soviéticas sobre el pago de las deudas zaristas a los acreedores franceses. Rakovsky (más tarde una de las víctimas de Stalin) era entonces el embajador de los Soviets en Francia.

con cartera. Sin embargo, se hace necesario que la importancia de los dos grupos básicos se incremente a toda costa (*aplausos*), el 20% de obreros es verdaderamente poco; 13% de campesinos es vergonzosamente poco. ¡El número de personas con hongo es casi igual al de los obreros (18%), y supera al de los campesinos, que sólo asciende a 13%! Esto es una violación flagrante de la constitución soviética. Es necesario tomar medidas para que el año próximo, o dentro de dos años, los campesinos se conviertan más o menos en el 40%, los obreros en el 45%, los empleados de oficina en 10%, y los que se llaman “los restantes” en 5%. Eso será una proporción normal, en total armonía con el espíritu de la constitución soviética. La conquista de la aldea por la radio es una tarea para los próximos años, muy estrechamente ligada a la eliminación del analfabetismo y a la electrificación del campo, y es, hasta cierto punto, una condición previa a la realización de esas tareas. Cada provincia debería partir a la conquista del campo con un programa definido de desarrollo de la radio. ¡Despleguemos sobre la mesa el mapa de una nueva guerra! En cada centro provincial hay que conquistar para la radio, ante todo, cada uno de los pueblos importantes. Es necesario que nuestra aldea analfabeta o semianalfabeta, aun antes de saber leer y escribir como es debido, sea capaz de acceder a la cultura a través de la radio, que es el medio más democrático de difusión de la información y del conocimiento. Hace falta que, mediante la radio, el campesino sea capaz de sentirse ciudadano de nuestra Unión, ciudadano del mundo entero.

Del campesinado no sólo depende, en gran medida, el desarrollo de nuestra propia industria, esto es más que evidente; de nuestro campesinado y del crecimiento de su economía depende también, hasta cierto punto, la revolución en los países de Europa. Lo que desfavorece a los obreros europeos en su lucha por el poder y (no por casualidad) lo que, con fines reaccionarios, utilizan hábilmente los socialdemócratas, es la dependencia de la industria europea con respecto a los países de ultramar en lo referente a productos alimenticios y materias primas. Los Estados Unidos la abastecen en cereales y algodón, Egipto en algodón, la India en azúcar de caña, el archipiélago malayo en caucho, etc. Existe el peligro, por ejemplo, de que un bloqueo norteamericano provoque la escasez de materias primas y de productos alimenticios a la industria europea durante los meses y los años más difíciles de la revolución proletaria. En esas condiciones, una exportación creciente de cereales y materias primas soviéticas de todo tipo, constituye un poderoso factor revolucionario para los países de Europa. Debemos llevar a la conciencia de nuestros campesinos el hecho de que cada haz suplementario de trigo trillado y exportado, es un nuevo peso en la balanza de la lucha revolucionaria del proletariado europeo, pues este haz reduce la dependencia de Europa relación con los Estados Unidos capitalistas. Los campesinos turkmenos que cultivan el algodón, deben estar ligados a los obreros textiles de Moscú y de Ivanovo-Voznesensk y también al proletariado revolucionario de Europa. La red de las estaciones receptoras debe ser tejida en nuestro país, de modo que nuestros campesinos puedan vivir la vida de los trabajadores de Europa y del mundo entero, participando ella día a día. Hace falta que, el día en que los trabajadores de Europa se apoderen de sus estaciones emisoras, cuando el proletariado de Francia tome la torre Eiffel y, desde su cúspide anuncie en todas las lenguas que son los amos de Francia (*aplausos*), hace falta que ese día, en esa hora, no sólo los obreros de nuestras ciudades y de nuestras industrias, sino también los campesinos de nuestras aldeas más apartadas puedan responder al llamamiento de los obreros europeos: “¿Nos oís?” – “¡Hermanos, os oímos y queremos ayudaros!” – (*aplausos*). Siberia ayudará con sus cereales, sus granos y sus materias primas, el Kuban y Don con cereales y carne, Uzbekistán y Turkmenistán contribuirán con su algodón. Esto mostrará que el desarrollo de nuestras radiocomunicaciones ha acelerado la transformación de Europa en una sola organización económica. El desarrollo de la red radiotelegráfica es, entre tantas otra cosas, la

preparación del momento en que los pueblos de Europa y de Asia se unirán en una Unión Soviética de los Pueblos Socialistas (*aplausos*).

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es